

## **JOHN KENNETH GALBRAITH (1908-2006), IN MEMORIAM**

Oscar Viloría Rendón  
PROFESOR JUBILADO, UCV

John Kenneth Galbraith, de origen canadiense, fue uno de los economistas más influyentes de la segunda mitad del siglo XX. Galbraith falleció el pasado mes de Abril de 2006 en Cambridge, Massachussets, a los 97 años. Economista, historiador, escritor, catedrático de la universidad de Harvard, Presidente de la American Economic Association, Presidente de la American Academy of Arts and Letters, Doctor honoris causa de las universidades de Harvard, Oxford, París, Toronto y Moscú; miembro de la Comisión Asesora del Partido Demócrata, conferencista, crítico de arte y de teatro, novelista, autor del programa económico electoral del presidente Kennedy, Embajador en la India, consultor gubernamental y del sector privado, etc.

Galbraith fue un prolífero y polémico escritor. Entre su libros traducidos al español revisamos: El capitalismo americano, El crash del 29, La hora liberal, La sociedad opulenta, El nuevo estado industrial, El dinero, La era de la incertidumbre, Anales de un liberal impenitente, Breve historia de la euforia financiera, Anatomía del Poder, Cómo controlar a los militares, La economía y el arte de la controversia, Economía y humor, Economía y subversión, Introducción a la economía, Historia de la economía, La cultura de la satisfacción. Y, también sus Memorias.

En el 2004 publicó "La economía del fraude inocente: la verdad en nuestro tiempo" ("The Economics of Inocent Fraud"), en el cual cuestiona muchas verdades de la sabiduría económica convencional (standard economic wisdom). Sus críticos lo han considerado, además de profundamente polémico, de *iconoclasta* por la denuncia severa, mordaz y perseverante que hace sobre la brecha cada vez mayor entre la realidad y la teoría económica aceptada.

La Revista Venezolana de Análisis de Coyuntura, de la Universidad Central de Venezuela, dedica la Reseña de Libros del presente número a la memoria de John Kenneth Galbraith, para lo cual ha seleccionado su libro "La Cultura de la satisfacción".

**JOHN KENNETH GALBRAITH  
LA CULTURA DE LA SATISFACCIÓN**

*Título original: "The Culture of the Contentment",  
Editorial Ariel, S. A., Barcelona, España. 1992. 7ª edición, 1997*

**EL TALANTE DEL LIBRO**

La Cultura de la Satisfacción de John Kenneth Galbraith es un libro crítico como obviamente tiene que ser, o debería ser, todo discurso económico. La discrepancia entre economistas es natural por cuanto pueden diferir en el enfoque teórico o en las políticas y soluciones propuestas. No es diferente a la discusión en otras disciplinas: abogados, físicos o médicos, por ejemplo. Acusar a Galbraith de autor irreverente, de iconoclasta, sólo puede hacerse desde la tribuna del dogmatismo.

El autor se adelanta a esta crítica y advierte sobre el tono con que debe escribirse un libro como La Cultura de la Satisfacción:

El talante ha de ser analítico y no acusatorio, objetivo y, en la medida de lo posible, no comprometido políticamente.

El autor de un ensayo como éste debe utilizar, en cierta medida, el método del antropólogo, no del economista o del teórico político. Deben observarse pero no censurarse; la censura de una pauta de vida asentada carece de eficacia. Sucede lo mismo con la economía política de la satisfacción que yo abordo aquí.

**LA CULTURA DE LA SATISFACCIÓN**

Este primer capítulo, que tiene el mismo nombre del libro, comienza con un axioma que parece más una reflexión:

Las lecciones de la historia no deben tomarse con ligereza, ni sin cuestionamiento. La vida, en particular la vida económica, está en proceso constante de cambio y, en consecuencia, una misma acción o suceso ocurriendo en tiempos distintos puede conducir a muy distintos resultados.

Como ejemplo de dos sucesos similares, Galbraith cita el hundimiento del mercado de valores en octubre de 1929 que desbarató las estructuras de la banca, la inversión, y la economía en general de Estados Unidos y llevó a la catastrófica experiencia de la Gran Depresión, por un lado, y a una quiebra equivalente de la Bolsa en octubre de 1987, por el otro, que aunque no fue menos traumático tuvo efectos menores. Sigue una reflexión que parece más bien un axioma:

Hay, sin embargo, en un marco más amplio, algunas lecciones que perduran. La constante más inmediata es que las personas y comunidades favorecidas por su posición económica, social y política, atribuyan virtudes sociales y permanencia política a aquello de lo que disfrutaban.

Resalta Galbraith que los acomodados y satisfechos fueron refractarios a las reformas de Roosevelt -el New Deal- para enfrentar la depresión. Se invocó a la Constitución para intentar bloquear la necesaria política interventora del Estado, contando con el apoyo de jueces comprensivos. También, añade Galbraith, se contaba con el apoyo del discurso de los economistas. Así, por ejemplo, Joseph Schumpeter (Harvard) sostenía que la recuperación no podía realizarse a través de la acción del gobierno, pues la crisis, con todos sus inconvenientes, era imprescindible para desintoxicar el sistema económico, tesis que argumenta que la recuperación sólo es firme cuando se produce por sí sola.

(Hacemos una digresión para expresar que el argumento anterior es teóricamente correcto en un modelo de economía privada lucrativa que funciona con dos factores productivos, capital y trabajo, y que, por definición, excluye de los supuestos al Estado. Es éste, también, el modelo de la acumulación del capital de Marx. Pero la profundidad de la depresión y sus consecuencias desastrosas de los años treinta no era sólo un problema teórico. Es este un buen ejemplo de la reflexión que Galbraith hace en el primer párrafo del libro que citamos antes: "Las lecciones de la historia no deben tomarse con ligereza, ni sin cuestionamiento". Se requería un cambio de paradigma. Y fue lo que significó en ese tiempo John Maynard Keynes.)

Es hoy una opción aceptada, señala Galbraith, que la revolución de Roosevelt salvó el sistema económico capitalista tradicional de Estados Unidos y el bienestar de aquellos a los que el capitalismo más favorecía. "Esto no habría sucedido si se hubieran salido con la suya los que a la larga se salvaron y resultaron más beneficiados".

Y en relación a la segunda reflexión citada, insiste Galbraith en la evidencia de que los afortunados y los favorecidos no contemplan su propio bienestar a largo plazo y que, por el contrario, siendo insensibles a él, se preocupan sólo por la satisfacción y la comodidad inmediata. Y no sólo en el mundo capitalista, pues "se trata de un instinto humano más profundo y más general". Galbraith incluye esta conducta como una de las causas del fracaso del sistema de planificación y control socialista en la Unión Soviética y los países socialistas de Europa oriental. La dictadura del proletariado, llamada también la democracia de masas, constituía la creencia y la forma de poder del socialismo.

Para los viejos dirigentes existía la comodidad de las creencias convenientes. Estaban protegidos en su posición privilegiada por el presunto poder de los principios socialistas, la adhesión a los cuales garantizaba su supervivencia.

## EL CARÁCTER SOCIAL DE LA SATISFACCIÓN

Lo que es nuevo en los países capitalistas avanzados, recalca Galbraith, es que la satisfacción imperante y la creencia que de ella resulta son ahora cuestión de una mayoría con derecho a votar, al contrario del pasado, cuando los afortunados económica y socialmente, eran una pequeña minoría que dominaba y gobernaba.

Hoy representan una mayoría aunque, como ya se ha dicho, una mayoría no de todos los ciudadanos sino de los que realmente votan. Les llamaremos la Mayoría Satisfecha, la Mayoría Electoral Satisfecha o, en una visión más amplia, la Cultura de la Satisfacción. Gobiernan bajo el cómodo abrigo de la democracia, una democracia en la que no participan los menos afortunados.

Esa mayoría incluye a las personas que dirigen las grandes empresas financieras e industriales y a sus mandos medios y superiores, a los hombres y mujeres de negocios independientes y a los empleados subalternos cuyos ingresos están más o menos garantizados. También incluye a la moderna clase profesional (abogados, médicos, ingenieros, científicos, contables y muchos otros, sin excluir a periodistas y profesores). Se añaden a esta mayoría:

- Quienes eran llamados en otros tiempos *proletarios*, un número apreciable, aunque decreciente, de personas con oficios diversos cuyos salarios se ven complementados con los de una esposa que contribuye económicamente a un ingreso conyugal.
- También familias con dos o más salarios que aportan a un ingreso familiar.
- Los agricultores subsidiados que cuentan con un apoyo gubernamental a los precios, por demás bien remunerados.
- Los jubilados y quienes reciben otras asignaciones que disponen de una provisión financiera adecuada para los años que les resta de vida.

## CARACTERÍSTICAS DE LA MAYORÍA SATISFECHA

La primera característica de la mayoría satisfecha es que piensan que reciben lo que se merecen en justicia. El principio de equidad no puede justificar ninguna actuación que menoscabe o reduzca lo que se disfruta o podría disfrutarse.

La segunda característica de la mayoría satisfecha es la preferencia por el beneficio de corto plazo. Su visión del tiempo futuro es que los beneficios del largo plazo son para que los disfruten otros. Sin embargo, no hay preocupación alguna porque la teología del "laissez faire" sostiene que, al final, todo saldrá bien.

La tercera característica de la mayoría satisfecha es que el Estado es una carga. Se excluye: las pensiones profesionales, los servicios médicos de las categorías de ingresos superiores, el sostén de las rentas agrarias y las garantías financieras para los depositantes de bancos y cajas de ahorros. También los gastos militares para la auto-conservación del propio sistema militar y armamentista.

Lo que se considera una carga para el Estado lo constituye el gasto para ayuda social, viviendas baratas, servicios de salud y enseñanza públicas para los barrios pobres.

La cuarta característica de la mayoría satisfecha es la tolerancia respecto a las grandes diferencias de ingresos. La opulencia de los ricos es el precio que paga la mayoría electoral satisfecha para retener aquello que, aunque pudiera tener muy poco peso, es suficiente.

#### **LA SUBCLASE FUNCIONAL**

La mayoría electoral satisfecha admite que hay individuos y familias que no comparten el cómodo bienestar del americano medio.

¿Quiénes son ellos? ¿Dónde están? Esta gente está concentrada en los centros de las grandes ciudades, en las granjas arruinadas y en comunidades antes mineras. La mayor parte de la subclase se compone de grupos minoritarios, negros o gente de origen hispano.

La subclase es funcional: los pobres son necesarios en la economía para realizar los trabajos que los más afortunados no hacen, por ser desagradables o físicamente agobiantes. Como las nuevas generaciones rehuyen de los trabajos pesados, mentalmente aburridos o socialmente degradantes, se delega esta función a trabajadores extranjeros. Es necesario el suministro y la reposición constante de esos trabajadores que, aunque excluidos, se sienten favorecidos en relación al lugar que dejaron.

## LA DESCRIPCIÓN

Los capítulos que siguen describen el comportamiento de la cultura de la satisfacción.

- Un déficit fiscal crónico se produce por la reducción de los impuestos sin la correspondiente reducción del gasto fiscal. Debe reducirse los impuestos a los ricos y reducir al máximo posible el gasto público dirigido a los servicios sociales. Y también reducir el empleo cuando el salario real es mayor que la productividad.
- Una marcada tendencia a la auto-destrucción: el poder efectivo en la gran empresa pasa de los accionistas a los directivos. Los gerentes se hacen del poder en las grandes empresas y obtienen altas remuneraciones y recompensas financiadas por los beneficios no-distribuidos, o bien, se realizan adquisiciones fraudulentas de las empresas por los propios directivos. Las fusiones y adquisiciones, la especulación inmobiliaria y las aberraciones financieras refuerzan la tendencia a la autodestrucción.
- Un ataque al gigantismo del Estado y en consecuencia a la burocracia, excepto a quienes trabajan en servicios de inteligencia o en el área militar, considerados servidores públicos. La gran empresa privada también está exenta de las connotaciones negativas del síndrome burocrático.
- Una acomodación de la teoría económica a la satisfacción con la lealtad a la doctrina del *laissez faire*. Se considera innecesaria y dañina toda regulación gubernamental. Los objetivos de la estabilización y el control de la inflación activan el mecanismo de ajustes macroeconómicos que tienen como resultado la disminución de la producción y el empleo. La política monetaria desplaza a la política fiscal porque requiere un aparato estatal reducido y un banco central al servicio de la comunidad financiera.
- En la enseñanza económica el mercado es un tótem semi-religioso. El consumidor sigue mandando y la maximización del beneficio sigue siendo la motivación que presuntamente gobierna la respuesta del mercado. El mercado tiene su propia verdad en la que no se inmiscuye la realidad.
- La política exterior de los Estados Unidos también está al servicio de la cultura de la satisfacción. Se apoya en dos sólidos pilares: el poder económico y el poder militar.
- La política interna de los Estados Unidos es la política de la satisfacción

Hoy en día en Estados Unidos los privilegiados son numerosos, tienen una voz muy influyente y constituyen una mayoría de los que votan. Esto, y no la división de votantes entre partidos, es lo que define el comportamiento político estadounidense moderno. Esto, y no la circunstancia tan reconocida del liderazgo y los líderes polí-

ticos carismáticos es lo que moldea la política moderna. Los líderes son un reflejo del electorado que los apoya.

El Partido Republicano en Estados Unidos representa fundamentalmente a los acomodados y los satisfechos y, su adhesión a la política de la satisfacción le ha garantizado el éxito en las elecciones presidenciales a partir de 1980.

El Partido Republicano acepta abrumadoramente la adhesión a la serenidad a corto plazo frente a la preocupación a largo. Es partidario de que el Estado tenga un papel menguante, con las excepciones ya indicadas del gasto militar, el rescate financiero y las pensiones. Hay una oposición vigorosa a los impuestos; se acepta que los ricos y los relativamente prósperos necesitan el incentivo de una buena renta y también, aunque se diga más discretamente, que los pobres merecen su pobreza.

El Partido Demócrata se ha alineado también a las creencias y las necesidades de los satisfechos. Son demócratas por tradición local o familiar.

Se previene a los llamados progresistas de que, sea cual sea su opinión personal en cuanto al bienestar más general o al futuro a más largo plazo, tienen que ser prácticos. Si quieren ganar, no deben amenazar a la comunidad de la satisfacción.

La justificación para no votar es que se trata de un ejercicio inútil para el ciudadano que tiene derecho al voto y está sumido en la pobreza. La diferencia entre los dos partidos respecto a los temas de interés inmediato es insignificante y no merece, por lo tanto, decidir entre ellos. La ausencia de la acción presidencial o legislativa tiene un efecto adverso y alienante sobre los excluidos, pero está sancionada por la democracia. Esto es sin duda un grave error, pero el sistema democrático está por encima de cualquier error; de la misma manera que la insatisfacción y la alienación estaba enmascarada por la aureola general del socialismo en la Europa del Este antes de la revuelta de 1989-1990, fue también sin duda otro error.

Con esta abstención queda asegurada la soberanía de la mayoría de los satisfechos.

#### ¿CUÁL ES PUES EL FUTURO?

Galbraith continúa su discurso con una valoración de los problemas y las perspectivas del sistema de gobierno, de la economía estadounidense y de la posición de Estados Unidos en el mundo. El supuesto general es el de la capacidad auto-correctiva de la democracia y la fe en el cambio y la corrección, consecuencia natural de un público informado y de un liderazgo eficaz.

Para Galbraith es evidente la dificultad de este supuesto. Se pregunta ¿Cuál es pues el futuro?

El principal pronóstico favorable al cambio es que se produzca cierta evolución intrínseca en la estructura que sostiene la satisfacción, una evolución que la desafíe radicalmente e imponga una nueva visión de la sociedad. La atención, en el futuro, lo mismo que en el pasado, en los líderes y las legislaturas y en los cambios que inicien o que deberían iniciar. La realidad estará en los hechos que podrían destruir el espíritu de satisfacción.

Galbraith cita algunos ejemplos. La Gran Depresión puso fin a un estado de ánimo similar. Sin la Depresión no habría habido Franklin D. Roosevelt ni New Deal. La sabiduría de Dwight Eisenhower fue prometer poner fin a la guerra de Corea, dejando tablas el conflicto, para terminar con la muerte inútil de jóvenes, con lo cual puso fin a veinte años de dominio demócrata. John F. Kennedy y Lyndon Johnson fueron producto de la explosión violenta y no violenta desde abajo que originó un gran movimiento a favor de los derechos civiles y desafió a la cultura de la satisfacción en el Sur. La comodidad perturbada de una nueva generación enemiga de combatir sin sentido en Vietnam, obligó a Richard Nixon, Gerald Ford y al Secretario de Estado Henry Kissinger a poner fin a la guerra.

La presente era de la satisfacción llegará a su fin *cuando* y sólo si, los procesos adversos que fomenta perturben la impresión de cómodo bienestar, *si es que llegan a hacerlo*. Existen, junto a la convocatoria seria y políticamente victoriosa a los desamparados que ya he mencionado, tres posibilidades factibles más de que ello sucediera. Estas posibilidades son: un desastre económico generalizado, una actuación militar adversa asociada a un desastre internacional, y una irrupción de la ira de la subclase.

### TRES AMENAZAS SOBRE LA CULTURA DE LA SATISFACCIÓN

Sobre la primera amenaza, un desastre económico. Galbraith hace la observación de que la economía de Estados Unidos entró en la década de los años noventa en una grave recesión que se extendió a sus socios comerciales, Canadá, Europa y Japón; resalta que la recesión de los noventa no fue suficientemente estudiada y que el análisis económico puso el énfasis en el papel que las tasas de interés tuvo en la lucha contra la inflación, sin analizar suficientemente el desempleo. Así, la visión de Joseph Schumpeter de la recesión y la depresión como procesos terapéuticos, se sustituyó por la opinión más antigua del carácter inevitable y automático del proceso cíclico.

Galbraith piensa que lo más probable es que las recesiones continúen corriéndose solas en un comportamiento futuro deficiente y errático. Un desastre

como el de 1929 es posible pero no sumamente probable. Es, si embargo, potencialmente una amenaza.

La segunda amenaza para la cultura de la satisfacción, el poder militar y una guerra antipopular. Un conflicto militar grave que trajese la destrucción al territorio norteamericano, o cualquier participación prolongada en algún conflicto de ultramar, es una posibilidad por el papel de Estados Unidos de ser el gendarme del mundo. La guerra fría terminó y con ella la paranoia anticomunista, pero el aparato militar de Estados Unidos opera sobre la base de su propio poder interno. Galbraith anota que se puede señalar el peligro pero no se puede valorar, en cuyo caso la predicción se convierte en especulación.

Y, finalmente, la tercera amenaza a la cultura de la satisfacción viene de aquellos excluidos del bienestar: la subclase de los barrios pobres urbanos.

La primera reacción de los satisfechos de las grandes ciudades es desarrollar una mentalidad de campamento militar, contratando guardias de seguridad personal, de urbanización residencial, de calle o de edificio, o mudarse a zonas suburbanas, en lugar de rehabilitar los núcleos urbanos y corregir los procesos que originan la desesperación y la violencia de los barrios pobres. Es más seguro, más económico y más inmediato.

La segunda reacción es la exigencia de una aplicación más estricta de la ley, incluyendo la pena de muerte. En caso de que la violencia empeorase se llegaría a la represión armada, primero por la policía, luego por la fuerza militar.

## LA VALORACIÓN

El capítulo de la valoración de la cultura de la satisfacción muestra una perspectiva más compleja y más dramática al mostrar un cuadro donde las amenazas pudieran relacionarse.

La recesión y la depresión agravadas por el deterioro económico a largo plazo, el peligro que entraña un poder militar autónomo y el desasosiego creciente de los barrios pobres de las ciudades, debido a un aumento de la pobreza y la desesperación, se han mencionado como perspectivas independientes. En realidad, todo podría unirse... La satisfacción deja a un lado aquello que, a largo plazo, la perturba; se aferra firme a la idea de que el largo plazo puede no llegar.

Un cuadro como este llevaría a la retroalimentación de las amenazas y generaría un escenario caótico. En los años treinta se unieron las amenazas de la depresión y la insatisfacción.

La Revolución de Roosevelt triunfó sólo porque los desamparados, apoyados por los que tenían preocupaciones sociales, se convirtieron en la mayoría electoral en la década de los treinta.

## RÉQUIEM

El último capítulo es una síntesis del libro que lleva por título "Réquiem", en el cual resume su planteamiento sobre la satisfacción. Los dos últimos párrafos son elocuentes. En uno recuerda que en un capítulo anterior planteó la posibilidad de que en el futuro, próximo o lejano, surgiese un candidato a la presidencia del país que se comprometiese socialmente, y que si el electorado se ampliara incluyendo los que están hoy al margen económica y socialmente, ese presidente triunfaría con una mayoría favorable en el Congreso.

Y en párrafo final expresa: *"Nadie se alegraría más que yo de que hubiese una esperanza parecida a partir de lo que aquí se ofrece. No la hay, sin embargo, por desgracia."* Y aquí Galbraith no es pesimista; es, simplemente, pragmático. Desde la publicación de este libro en 1992 hasta su muerte, en abril de 2000, siguió ejerciendo su crítica mordaz a la cultura de la satisfacción; particularmente a la acomodación de la teoría económica y a la brecha creciente entre ella y la realidad.

## TRES OBSERVACIONES

Esta reseña de "La Cultura de la Satisfacción" de John Kenneth Galbraith, para la Revista Venezolana de Análisis de la Coyuntura de la FACES-UCV, se hace sobre un resumen previo del libro para presentar la tesis del autor, en cuya elaboración se ha respetado la estructura de los capítulos del texto y se ha seguido, a su vez, una redacción casi textual, de suerte tal que el lector que no conoce el libro pueda hacerse su propio juicio. Esto es así porque el libro es tan polémico y vigente, a pesar que de que tiene 14 años de haberse publicado, que invita al diálogo a quien lo lee y, también, a quien lo reseña.

### 1. Sobre la recesión y la elección presidencial

Un período presidencial en USA tiene una duración de cuatro años. La práctica de la reelección presidencial permite al presidente gobernar por un lapso de ocho años. Desde la Segunda Guerra Mundial hasta George Bush hijo solamente tres presidentes no fueron reelectos: Gerald Ford (1976), Jimmy Carter (1980) y George Bush padre (1992). Las características comunes de ellos fueron: 1) los tres gobiernos citados se ubican en la prolongada declinación económica (1975-

90) que siguió a la *era de los años dorados* (larga expansión económica desde el final de la Segunda Guerra hasta 1973-74); 2) en el año de la reelección hubo una recesión o estuvo precedido de una recesión, lo cual impidió desarrollar la práctica del *ciclo político* (provocar un auge aumentando el gasto en el año electoral). Estas recesiones fueron: 1974-75 (Ford), 1980-82 (Carter) y 1990-91 (Bush). La mayoría electoral satisfecha castigó a los presidentes que aspiraron a la reelección en escenarios de recesión como si ellos hubieran sido los causantes del malestar. (Lo curioso del asunto es que cuando al comienzo la década de los noventa cae el comunismo y se pone fin al conflicto este-oeste -se dijo que había triunfado el capitalismo-, el presidente de Estados Unidos, George Bush padre, único y soberano gendarme mundial entonces, pierde la reelección).

El libro de Galbraith que reseñamos data de 1992 y en él se insiste en que hay unas condiciones parecidas entre la Gran Depresión y la recesión de los noventa. Compara el hundimiento del mercado de valores en octubre de 1929 con la quiebra de la Bolsa en octubre de 1987. La misma observación la hace Paul Krugman en "La era de las expectativas limitadas", 1991. ("The Age of Diminished Expectations". En español: Ariel, 2ª edición 1998). Krugman, (cap. 16) escribe:

### ¿Otra vez 1929?

La imagen de 1929 sigue asediando a muchos norteamericanos. ¿Puede esto volver a suceder? ¿Podría volver a producirse una crisis del mercado bursátil como la de 1929? Sí, por supuesto que podría -de hecho, ha sucedido ya- la caída inicial de los precios de las acciones en EEUU en la crisis de 1987 fue igual a la de 1929, y el colapso se extendió por el mundo con mayor rapidez y en mayor profundidad.

Según criterios puramente financieros, la crisis de 1987 fue igual que el pánico financiero inicial de 1929.

Sobre una base global, el lunes negro de 1987 fue en realidad peor que el jueves negro de 1929.

Según los expertos el suceso que transformó la crisis en la depresión fue el hundimiento del sistema bancario en 1931. Milton Friedman sostuvo que ese colapso era innecesario y sucedió por la pasividad de la Reserva Federal. En 1987 la Reserva Federal decidió no repetir el error de 1929 y expandió rápidamente la oferta de dinero base.

## 2. Sobre la cultura de la civilización y la mayoría electoral-satisfecha

La categoría *cultura de la civilización*, creada por Galbraith para describir a la sociedad norteamericana de la última década del siglo XX como una sociedad de clases medias satisfechas, es una imagen que representa muy bien a la ma-

sificación de la cultura en el mundo globalizado contemporáneo. Kenichi Omae lo llamó la *californización de la cultura* (Omae, "El Poder de la Triada", 1990. Mc Graw Hill). Lester Turow, por su parte, resalta el impacto de cambios demográficos: el *encanecimiento* (envejecimiento y reducción de la tradicional población blanca) y la *morenización* (nuevas y crecientes corrientes inmigratorias de población no blanca). Es un alerta para esta nueva y creciente clase media, unas expectativas frustradas de poder mantener su *status* (Thurrow, "El futuro del capitalismo", 1996. Vergara).

La segunda categoría creada por Galbraith: *la mayoría electoral satisfecha*, describe la base social de la *cultura de la civilización*.

El análisis que Galbraith hace de la sociedad norteamericana como modelo de la sociedad avanzada de nuestro tiempo deja al descubierto, objetivamente, las aberraciones del capitalismo contemporáneo, ignoradas por la literatura económica convencional elaborada alrededor del principio del *laissez faire*.

La tercera categoría creada por Galbraith es *la subclase*, llamada comúnmente hoy *la pobreza*, objeto de estudio (y preocupación) generalizado de los organismos internacionales (Banco Mundial), los gobiernos nacionales, regionales y municipales, organizaciones no gubernamentales y medios de comunicación. Es un tema que no ha sido explotado (como en la Gran Depresión) por la literatura y la academia. La subclase es la no-gente, la que no está representada en el gráfico de la *curva de demanda*, la que consume (cuando consume) *bienes inferiores o bienes de Guiffen* (que constituyen, por cierto, la excepción de la *ley de la demanda*).

### 3. Sobre el problema de las amenazas

Galbraith, al observar que la mayoría electoral satisfecha es un sistema que no puede mantenerse a largo plazo, se pregunta: ¿cuál es pues el futuro? Aquí habría que distinguir dos perspectivas: el futuro más inmediato y el futuro más futuro. Galbraith publica este libro en 1992, en un escenario de recesión, y se refiere concretamente a amenazas sobre la mayoría electoral satisfecha en Estados Unidos. En la reseña debemos concretarnos al contexto en el cual el libro fue escrito y no traspolar el problema planteado al 2006, año en el Galbraith muere. Esto por cuanto los cambios que siguieron en el curso de la década de los noventa tienen el carácter de *los diez años que conmovieron al mundo*. Sin embargo, es evidente que la tercera amenaza, la rebelión de la subclase, no sólo está vigente, sino que se ha profundizado, y es una de las *invasiones bárbaras* más importantes; sin negar la potencialidad que pudiera tener la amenaza del poder militar y una guerra impopular, la cual es otra de las *invasiones bárba-*

ras. La experiencia de las guerras de Corea, Vietnam y el Golfo pérsico pueden evitar que se repita un error.

Y, finalmente, refiriéndonos a las *categorías* y no precisamente a los *hechos descritos* en el libro, hacemos un pequeño truco (artificio metodológico) para incorporar, deliberadamente, una observación fuera de lugar: El resultado de las políticas restrictivas de *ajustes macro-económicos* y de *reformas*, adelantadas por el FMI y el Banco Mundial en los años noventa, en América Latina, fue el incremento de la pobreza. Estas políticas exigían estar acompañadas por el modelo político de la *democracia formal*. Así, la *subclase* tendía a convertirse en una potencial *mayoría electoral insatisfecha* y la *pobreza* en un arma política.